

El testimonio de los valientes

## La vida consagrada: una vocación contracultural

P

**adrenuestro.** Esta es la oración de los hijos de Dios, tal y como nos la enseñó y la rezaba Jesús. Este año es el centro de la conmemoración de la Jornada Mundial de la Vida Consagrada,

que tiene lugar cada 2 de febrero desde 1997. Bajo el lema «Padre nuestro. La vida consagrada, presencia del amor de Dios», la Conferencia Episcopal Española, CONFER y CEDIS han querido que tengamos presente que «cada consagrado, con su vida y su testimonio, nos anuncia que Dios es Padre, es un Dios que ama con entrañas de misericordia».

Este compromiso, «antes de ser empeño del hombre, es don que viene de lo alto, iniciativa del Padre, “que atrae a sí una criatura suya con un amor especial para una misión especial”» (ib., 17). «Esta mirada de predilección llega profundamente al corazón de la persona llamada, que se siente impulsada por el Espíritu Santo a seguir tras las huellas de Cristo, en una forma de particular seguimiento, mediante la asunción de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia. Estupendo don». Así lo expresó san **Juan Pablo II**, entre los motivos que justificaban esta celebración.

Pero los impulsos tienen orígenes y toman caminos muy diferentes, tantos como las más de 50.000 personas que viven consagradas a través de las formas apostólicas y contemplativas, tradicionales y nuevas. Les une fuertemente y en primera instancia un enorme amor de Dios. Cada consagrado siente su revelación de forma diferente, desde su propia experiencia, su formación, su cultura o su propia sensibilidad, aunque no siempre se conoce o es fácil de entender. Muchos de ellos, coinciden en que hoy por hoy existe mucho desconocimiento sobre qué es exactamente vivir consagrado. Por eso, mostramos hoy diferentes testimonios de religiosos, contemplativos, vírgenes consagradas, institutos seculares y nuevas formas.

# Reportaje

## El regalo de algo mucho más grande

Dolores Quesada, hermana del Instituto Catequista Dolores Sopeña, considera que siempre se ha dado más a conocer lo que hacen, que lo que son y «es necesario que se nos vea desde el ser». «Todo el mundo, o mucha gente, sabe de nuestra contribución social, pero no tiene mucha idea de lo que somos, de la riqueza que tenemos, que aporta mucho a la vida de los demás, porque nos sentimos realizadas».

En su Cuba natal, concretamente en los campos de Santiago de Cuba, en un lugar tan majestuoso y emblemático para los cubanos como la Sierra Maestra, es donde Dolores Quesada, comenzó a conocer cómo las Catequistas Sopeña transmitían los valores del Evangelio.

Ella ya participaba desde niña en sus grupos de formación y decidió acompañarlas en su misión, visitando pueblos y aldeas muy lejanos y donde se llegaba con mucha dificultad. Allí, precedidas de la imagen de «Cachita», como se conoce popularmente a la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de la isla caribeña, «visitábamos a las gentes para acercar la palabra de Dios en muchos envases». Su fe, así como el sentido de su vida de ser feliz, compartir y alabar a Dios, lo recibió directamente de sus experiencias con las Catequistas Sopeña, porque procede de una familia no creyente, a la que le costó mucho asimilar que su opción de vida tomaba esa dirección.

Tampoco le fue fácil a ella. Una vez que supo que quería compartir lo que le habían entregado y la forma en la que habían descubierto lo mejor de sí misma, dudó porque consideraba que no iba a ser capaz. «Aunque tenía muchas ganas, sentía que no estaba preparada, pero la congregación y Dios me dieron fuerzas y me acompañaron siempre en este proceso».

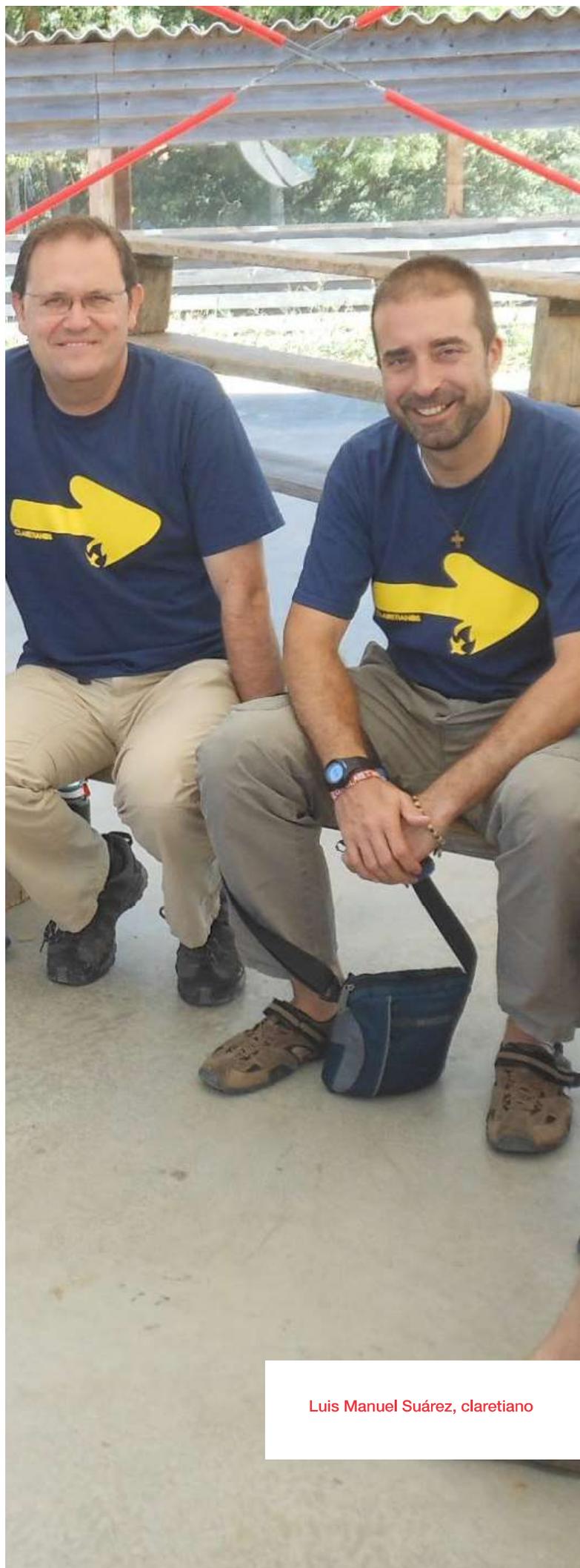
## «Logré sentirme feliz y en paz»

Por otro lado, también le costó salir de su isla, separarse de los suyos. Le supuso «un arranque brutal». «Cuando el avión despegó sentí que me arrancaban algo, pero con la confianza en Dios y la certeza de que Él me iba a regalar algo mucho más grande, logré sentirme feliz y en paz». «A partir de ahí, comienzas a ver que el corazón se abre y se te agranda la familia. Mi vida se ha ensanchado con personas, países, situaciones...».

Además, en Cuba en 2008, cuando realizaba el discernimiento, era mucho más complicado que en otros lugares. Ni siquiera su grupo de amigos creyentes se imaginaban que su opción de fe iba a llegar hasta aquí.

Mientras no conoció a las Catequistas Sopeña, Dolores escuchó hablar muy poco de Dios. A la larga, esa condición y el partir de otras circunstancias, cree que le han posibilitado estar más abierta. «Ahora sé que dispongo de herramientas que otros no tienen», afirma. Además del nombre, con la fundadora, la beata Dolores Sopeña, esta religiosa tiene en común el estilo de acercarse a las personas, incluso a las más alejadas de la Iglesia; ese ganarles el corazón, con la empatía, la alegría y la sonrisa fraterna.

Desde su comunidad, ahora en Madrid, donde sigue formándose, aporta «mucha alegría, ganas y empuje, desde el convencimiento



Luis Manuel Suárez, claretiano

de que en la vida merece la pena entregarse como lo he hecho yo», reconoce. Quiere servir además para integrar generaciones, por esas ganas que dice tener siempre de ver todo en positivo.

Sobre la merma en el número de vocaciones que vive la Iglesia católica, Dolores Quesada dice que es resultado de la sociedad en la que vivimos, pero cree, que también es responsabilidad de la falta de apertura de la vida consagrada hacia el mundo que tenemos hoy. «Hace falta valentía, querer responder sin miedo a ese futuro emergente que nos espera a todos», afirma optimista. «Nuestro testimonio como consagradas tiene que ir relacionado con la sociedad de hoy». Como decía Dolores Sopena, «siempre adecuar que los medios para llegar y serles útiles a los demás, sean eficaces a los tiempos».

Ya nos daba pistas también el Papa san **Pablo VI**, en 1975, cuando decía que el hombre escucha más a los testigos que a los maestros y, solo escucha a los maestros, si son testigos. Y que se entienden mejor las conductas, que las palabras.

### *Necesidad de redimensionarnos*

Sobre eso reflexiona **Luis Manuel Suárez**, sacerdote claretiano y miembro del Equipo Provincial de Animación Pastoral de los Misioneros Claretianos. Esta orden, presente en más de 60 países del mundo, decidió abrir sus comunidades para compartir el día a día, conversaciones, comidas, más allá de la vida en la parroquia o en un colegio. La vida consagrada —en su opinión— tiene un déficit de conocimiento y, esta apertura, aunque no es la solución al declive de las vocaciones, revela un primer gesto que tiene valor para todos: «Como testimonio de fe para los jóvenes y adultos que puedan estar planteándose su compromiso y para nosotros, como revulsivo», explica.

Precisamente la cercanía y el contacto con la congregación de la que ahora forma parte fueron la inspiración de Luis Manuel Suárez para abrazar la vida consagrada, aunque afirma haberse nutrido de tres fuentes. Por un lado, la educación recibida en el seno de una familia católica y practicante, viendo el ejemplo de sus padres; y, por otro, la experiencia de formarse en el colegio de los claretianos de Gijón, donde nació, y su participación en un centro juvenil de los jesuitas.

Finalmente, se decantó por el carisma del padre Claret, porque ejerció mucha más influencia en su búsqueda personal. Los claretianos le acompañaron durante todo su crecimiento físico y, sobre todo, en la búsqueda personal de lo que para él era la fe.

Luis Manuel se reconoce llamado a ser signo e instrumento de Dios y de la Iglesia. «Instrumento es más un medio de acción y puede uno serlo desde cualquier parte, como los laicos —dice—. Sin embargo, nosotros, sin dejar de ser también instrumento, debemos ser más signo, indicio de una vida con la mirada puesta y centrada en Dios. Testimonio además de nuestra particular forma de vida, tal y como la vivió Jesús».

A los consagrados y consagradas se les valora mucho por la acción, por lo que hacen; pero es importante ser signo. A su juicio, lo demuestra el hecho de que, actualmente, muchos monasterios tienen más movimiento vocacional que las congregaciones apostólicas. A la escasez de vocaciones se le da muchas vueltas, pero la vida cristiana en general y la con-

# Orden de las Vírgenes



**Y**a no te llamarán «Abandonada», ni a tu tierra «Devastada»; a ti te llamarán «Mi Predilecta» y a tu tierra «Desposada», porque el Señor te prefiere a ti, y tu tierra tendrá un esposo (Is 62).

Un día escuché que el Señor me lo decía a mí, y ya no pude contener la alegría: ¡me había elegido para Él el Señor del Universo! Y Él no se puede comparar con nadie. Es insuperable. Abrumada, perpleja, llena de asombro y feliz como nunca. Y fui consagrada en el Orden de las Vírgenes, para siempre, esposa de Jesucristo.

En el mundo, trabajando, profesora de secundaria. Un mundo muy herido, donde la paternidad y maternidad sufren un eclipse total: chavales huérfanos, aunque no biológicamente, matrimonios destrozados, madres vejadas, abuelas maltratadas, apartadas... y, también, padres traicionados y abandonados. El Señor me lleva hasta ellos, me atraen como un imán, para recordarles la cercanía máxima de Dios en el dolor. Cuando sufres, el Señor está más cerca. No eres huérfano, no caminas solo. Eres hijo de Dios, les digo, tus hijos son hijos de Dios. Él te cuida, y los cuida. ¡Confía! Tu dolor es sagrado. Nadie hay abandonado del amor de Dios. Y vivo la urgencia de recordárselo a todos. Y la alta dignidad de su sufrimiento, que les hace parecerse a Jesús en su Pasión. Y que el Padre transfigurará en bendición. Es el arrebató que vivo: «ya no te llamarán abandonada». Soy testigo y no puedo callarlo. Hijos amados de Dios.

Aurelia Santos. Virgen consagrada de la diócesis de Cuenca

# Desde la contemplación



**E**n un momento muy concreto de mi vida, una experiencia fuerte del amor de Dios dio comienzo a un camino nuevo. Hasta entonces había realizado muchas y variadas actividades, las propias de una joven de este tiempo, pero no tenía un «sentido de vida» que diese unidad y orientación a todo eso que hacía. Con gran asombro, ya que partía de una situación de alejamiento de la fe, tras dicha experiencia empecé a notar cambios desconcertantes. El primero y principal fue el querer descubrir el designio de Dios para mí, que intuía como un proyecto de felicidad a pesar de que me suponía abandonar todo lo que hasta entonces formaba parte de mi día a día.

Deseé concretar lo más rápidamente posible esta llamada al seguimiento de Jesús y encontré en una comunidad de monjas benedictinas de León el lugar donde, nada más entrar, me sentí «en casa».

Recuerdo muy vivamente el momento en el que entré por la puerta del monasterio como uno de los más grandes de mi vida. Instante de gran plenitud, como el que experimenta el que llega por fin a la meta, muy cansado de haber recorrido un largo camino.

En ese monasterio y con esa comunidad llevo ya 30 años caminando en la búsqueda de Dios y desarrollando los valores monásticos: la celebración litúrgica, el amor a la Sagrada Escritura, la vida fraterna, el silencio, la soledad, el trabajo, la acogida a los huéspedes...

Doy gracias a Dios por este gran don de la vocación monástica.

Sor Ernestina. Monja benedictina del Monasterio de Santa María de Carbajal de León

sagrada en particular «es muy contracultural». «Partimos de una base de fe en un Dios que sigue llamando, también a vivir en consagración a Él. A partir de ahí, hay dos factores importantes —señala—, el primero, la persona que se va abriendo a la vida; y el segundo, lo que puede ofrecer la vida consagrada en concreto». Para el sacerdote claretiano, el anhelo de una vida auténtica hoy puede estar «anestesiado» en muchos jóvenes por un contexto lleno de cosas y estímulos, que te entretienen sin ayudar a responder a las preguntas fundamentales, ni favorecer un planteamiento de la vida como servicio.

«Y, por otro lado —reflexiona—, no creo que nosotros seamos peores, ni lo hagamos peor que los consagrados de hace cincuenta o sesenta años, pero ha cambiado mucho el contexto y, por ello, deberíamos afinar en nuestro testimonio». «Me refiero a que no deberíamos conformarnos con que las personas percibiesen que somos buenas personas y que trabajamos bastante. Convendría que tuviesen noticia de nuestra búsqueda de Dios, espiritualidad compartida, vida fraterna, austeridad y bienes en común, libertad para la misión, cercanía a los más necesitados, alegrías y dificultades, rasgos de nuestro carisma... y que pudieran experimentarlo de alguna manera con nosotros».

Luis Manuel Suárez considera que, sin culpabilidades ni victimismo, sino con responsabilidad, en la Iglesia se debería trabajar por favorecer en los jóvenes el encuentro con Cristo y su Evangelio, y ofrecer con claridad las distintas propuestas vocacionales en todas sus dimensiones. «Donde se den esos dos factores —concluye—, podrá haber respuesta vocacional a todas las formas de vida cristiana».

También los retos de la consagración a Dios son objeto de reflexión por su parte. El sacerdote claretiano observa una acuciante necesidad de redimensionarse, porque «venimos de ser muchos, posiblemente por el momento histórico de la posguerra, y ahora somos menos y, además, más mayores».

«Somos menos para continuar haciendo las mismas cosas, por lo tanto, se hace preciso que nos redimensionemos, acostumbándonos, por ejemplo, a otras maneras distintas de trabajar, compartiendo labores con los laicos, en algo tan importante como la misión compartida».

## Creer contra toda desesperanza

Esa es precisamente la forma de trabajar de Consuelo Rojo, religiosa de las Adoratrices, en el Centro de Asistencia a Mujeres en Contextos de Prostitución y Víctimas de Trata en Burgos.

Este proyecto, denominado Betania, lleva desde hace 20 años funcionando en la capital castellanoleonesa con el objetivo de favorecer la integración personal e incorporación social de mujeres y adolescentes afectadas por la prostitución y otras situaciones de exclusión.

El trabajo es duro y, aunque al principio Consuelo Rojo no entendía la importancia de la vida en comunidad, no tardó en percibir que el sufrimiento que supone este tipo de intervenciones, solo se sobrelleva compartiéndolo con otras personas, en este caso sus hermanas, «que estaban viviendo lo mismo que yo».

Su decisión de abrazar la consagración a Dios vino en primer lugar por la identificación con la misión específica de las adoratrices, concretamente con la labor de liberación de la mujer explotada.

Cuenta que nació en un pequeño pueblo de Ciudad Real y, aunque no existía misión, ella iba a catequesis porque procedía



Catequistas de Dolores Sopeña

# Institutos Seculares



**E**l Señor me cuidó como a la niña de sus ojos, y se abajó a mi vida para invitarme a seguirle y ser instrumento de su amor en medio del mundo. A partir de ahí comencé una aventura maravillosa junto al Señor, para todo lo que Él quisiera.

Después de muchos años de vida apostólica activa, llegó la hora de la prueba: un problema funcional que me imposibilita bastante la movilidad.

Una realidad que me llegó en plena juventud y que se ha prolongado en el tiempo hasta hoy me colocó muy pronto en manos de la Providencia. Intento vivirlo con amor y alegría, unida a la Pasión de Jesús y confiada en que mi Padre me ama infinitamente, aunque yo a veces no lo comprenda. Me enseña cada día a amar como Él a todos los que se acercan, especialmente a los más débiles y a los que carecen de esperanza, sumergidos en sus problemas.

Procuro brindarles con la palabra y con mi testimonio el mensaje de un buen Padre que ama y sufre en la vida de sus hijos.

Me identifico plenamente con Jesucristo en el ofrecimiento y sacrificio de la Eucaristía, y con María, desde el silencio y la aceptación de la voluntad de Dios. Estas dos realidades se han convertido en mi fuerza y alimento para seguir diciendo sí a su voluntad.

Todo esto lo vivo desde mi consagración secular intentando ser fermento en medio de todas estas realidades que viven las personas, empezando por mi propia familia, con la que vivo.

Stanislaa Godoy. Instituto Secular Catequistas de la Virgen del Pino



Consuelo Rojo, adoratriz

de una familia cristiana. Allí escuchó a las hermanas decir que su trabajo consistía en caminar con otras mujeres y eso llamó su atención. «Me preguntaba — cuenta — por qué unas mujeres estaban protegiendo a otras mujeres, pero me sentí atraída enseguida». «Me sorprendió saber que las monjas, que yo creía que no valían para nada, ayudaran a otras mujeres que no habían tenido las mismas oportunidades y la misma suerte que nosotras». La otra tarea, la de la adoración, la fue recibiendo poco a poco de sus hermanas a través de la oración, del diálogo con Dios. «Siempre me gusta decir que siento que se me regala compartir espacio y estar tiempo en la vida de otras personas, ayudándolas». La fundadora de la congregación, santa **María Micaela Desmáisières y López de Dicastillo**, se inició con una historia de trata pura y dura.

En el caso de las adoratrices, en general, y de Consuelo Rojo, en particular, está muy clara su acción, pero quizás no tanto su ser. Su compromiso y su forma de ser como consagrada es hacer el bien, como hizo Jesús. «Estar al lado de aquellos que están sufriendo y, a veces, con mucha impotencia, porque no todas las mujeres que acompañamos están en disposición de terminar su camino de liberación, por diferentes motivos».

Desde su punto de vista, de este habla su ser como consagrada: seguir creyendo que las personas tienen posibilidades, aunque prácticamente no las tengan. «Creer contra toda desesperanza, porque las cosas están realmente mal y porque existe el mal en el mundo, ese es el ADN de las adoratrices», dice. «Nuestro ser también nos habla de poner un poco de luz donde la negrura sigue existiendo, comernos nuestra impotencia y acoger, abrazar y sostener el mal que existe en el mundo».

Sobre los retos del compromiso y el descenso en el número de vocaciones, Consuelo Rojo tiene su opinión: «La consagración tiene que adaptarse al nuevo estar en el mundo. No podemos continuar con algunas de nuestras formas y modos de ver la vida, porque ahora no son del todo válidas».

El presente y el futuro pasan por «adaptarnos a los nuevos tiempos, buscar nuevos lenguajes y cambiar algunas estructuras que nos están ahogando. La vida consagrada debe basarse más en la libertad y la responsabilidad».

Y, por otro lado, sugiere que esta inadaptación a los tiempos actuales requiere ahora un viraje hacia la espiritualidad y la mística, «un encontrarnos en el vino y en la copa», concluye. ●

*Esther Navarro Rosinos*  
Periodista  
@EstherNRosinos  


# Nuevas Formas de Vida Consagrada



**J**esús «vivió para el encuentro»: el encuentro apasionado con el Padre en la oración y en su muerte, los encuentros entrañables con sus discípulos, amigos y los más pequeños y probados por la dureza de la vida, la exclusión y la desesperanza.

La manera de «presencia del amor de Dios» en Jesús fue de cercanía y encuentro, profeta de filiación divina y fraternidad compartida. ¡Qué Amor tan inmenso, que nos hace hijos suyos!

El hermano con sus sufrimientos, carencias y dones es esa puerta que nos adentra y da acceso al misterio de Dios y a su encuentro: ¿cuándo te vimos Señor? (cf. Mt 25, 40).

Nuestro mundo de relaciones mercantilistas, de rechazo o inexistentes por la indiferencia y la ausencia de compromiso con el otro, diseña un futuro árido que aboca al blindaje de la incomunicación y de la soledad. Es imprescindible el testimonio de vidas luminosas — creyentes en Jesús — que con su entrega audaz y generosa humanicen la historia en una nueva encarnación del Amor de Dios, siendo presencia y transparencia de ese Amor. Nos urge «vivir para el encuentro», ser contemplativos en la relación para descubrir el genuino rostro de Cristo en cada criatura humana. He aquí al hombre, y este hombre es mi hermano.

La identidad más profunda de las «familias eclesiales de vida consagrada» es ser «hogar universal» para la familia humana, y expresar los más genuinos deseos de verdad, bondad, belleza y comunión que anidan en todo corazón humano.